



Entrega del trofeo.
"Lámpara minera", ahora
convertido en exvoto.

PRIMERA MISA «MINERA»

POR



La copla minera entra en la Iglesia.
La voz del cante se hace camino
válido para el encuentro con Dios.

EN La Unión, cuna y cogollo del cante de las minas, se ha oficiado, por primera vez en España, una misa «minera».

Doy fe de que, bajo las bóvedas de Nuestra Señora del Rosario, resto lujoso del tiempo de las vacas gordas de la minería, el suceso rompió el ocre de las emociones, y que en la plaza mayor del corazón los ecos de la copla, en salmo convertida, llegaban a rescrar con no sé qué inédito escalofrío.

Doy fe de que la mañana de diciembre se había disfrazado de abril y que, venciendo sobre el sino negro del paisaje minero, era talmente un gozo tender la mirada hasta el Mar Menor litografiando en el horizonte su rabioso añil recién planchado, azul de domingo.

Doy fe, en fin, de que el hombre de la mina, utilizando su propio lenguaje, le ha buscado a la copla minera el atajo directo para encontrar al Padre, Minero Mayor con el que compartir el pan y la pena, y que, efectivamente, lo ha llegado a encontrar.

CUANDO LA COPLA SE HACE PALABRA DE DIOS

Del cante de las minas me ha conmovido siempre—afirma el párroco de

Nuestra Señora del Rosario, don Cristóbal Guerrero—su imponente ascetismo, y es claro que su tremenda, casi agresiva sinceridad. Estos me parecieron decisivos elementos para una comunicación con Dios. De aquí, el proyecto de una misa «minera» utilizando la apoyatura de la copla de las minas, sin duda una de las más hermosas y dramáticas del cante «jondo».

Pues, lo que son las cosas, a la copla minera le acechó, durante bastantes años, oscura amenaza de muerte. Derrotada por la falsa canción amañada y teatralera, por el oropel de un flamenquismo de guardarropía, sólo la convocatoria del festival nacional del cante de las minas pudo recuperarle toda la autenticidad de su brava beeza primitiva. Importaba ahora descubrirle al cante minero lo que de plegaria genesiaca, lo que de salmo desesperado y dolorido, se encierra en su almenbra.

—Jamás volveré a rezar como he rezado en esta ocasión—me ha dicho Pencho Cros, uno de los intérpretes de la misa «minera», después de cerrar, como el estuche de terciopelo de una joya, el último verso de su copla.

Otro «cantaor» me ha confesado que, al dirigirse a Dios cantando «en minero», ha recibido la sensación del que, habiendo estado caminando a ciegas mucho tiempo por un sitio muy oscuro y muy tris-



Al pie del Cristo de los Mineros, la copla se trueca en salmo.



Eleuterio Andreu, minero entibador, traduce "en minero" su plegaria.



El Santo, por "cartageneras".

«CARTAGENERAS», A DIOS

te, recibe de pronto el golpe del sol sobre los ojos. Y me lo ha dicho pálido de emoción, con toda la verdad puesta de pie sobre la boca. Pienso si esta mañana de la primera misa «minera» en La Unión. Dios no habrá bajado de verdad hasta el corazón de este hombre para sentirse acaso tan a gusto—jea, más!—como en una mismísima custodia de Arfe.

«TODO EL CANTE DE LEVANTE, TODO EL CANTE DE LAS MINAS...»

«Era difícil no estallar en llanto o en aplausos cuando Miguel Caparrós cantaba el Santo por «cartageneras», escribe en «La Verdad» de Murcia. García Mateos, su corresponsal en La Unión.

Mientras contra las bóvedas de la iglesia, abarrotada por todo un pueblo en olor de expectación, se rompía el chorro poderoso de la copla, he visto cómo un rayo de sol, atravesando el colorín de una vidriera, le buscaba y le envolvía la cintura a la guitarra de Antonio Fernández, como en una Anunciación.

El Santo, por «cartageneras»; los Kiries, por «minerías»; la plegaria de la Comunión, por «tarantas»... «Todo el cante de levante, todo el cante de las minas...» Dios y cómo ha sonado, de verdad, la

voz de las minas, mañana encendida de diciembre en la voz de Eleuterio Andreu, Pencho Cros, Miguel Caparrós, Manuel Fernández...! Digo que al escuchar su son se habrá abierto solo, bajo el polvo del tiempo, el abanico pericón de Concha la Peñaranda, y que los huesos pelados del «Rajo el Alpagatero» se habrán estremecido, allá en la hondura de la tierra, bajo la gorda raíz del geranio.

Una saeta minera ha centrado el tema de la homilía. El pueblo la canta como suya, pero—lo de siempre—yo sé que la escribió en La Unión María Cegarra, poeta de quien Ernesto Giménez Caballero llegó a interesarse un día, no por lo que María pudiera parecerse a los poetas de la llamada escuela pura, «sino por lo que se diferencia de ellos y especifica»:

*Dejadme que coja al «Cristo»
con mis brazos de minero;
en cuanto nos hemos visto,
me ha llamado compañero.*

«El Cristo» no es otro que el de los Mineros. Claro. ¿Qué otro Cristo había de ser? A su paso, una noche de Jueves Santo, el «cantaor» Morenito le dijo: «Si gano el primer premio del festival minero, el trofeo es tuyo.»

LOS PUCHEROS DEL CANTE

Ahora, coincidiendo con la misa «minera», Morenito—«Morenito de Levante»—ha recitado un trovo de «el Conejo» y le ha entregado solemnemente su exvoto al Cristo.

Con este acto, la primera misa «minera» ha llegado lucidamente a su fin. A la salida de la iglesia alguien ha apuntado lo que podría ser la misa «minera» en una posible versión futura, enriquecida por mano experta con nuevos y más completos adobos musicales, incluso con la incorporación de algún estrambote polifónico. Pienso si no se correrá entonces el riesgo de perder la frescura primigenia, su aire de plática de familia, de lozana estampa «naif», como de aleluya o cerámica populares.

Unos hombres se han acercado a Dios con su pequeño cansancio a cuestas, con sus pequeñas ilusiones de cada día, y Dios se ha dignado aceptar su ofrenda. Esto cuenta. Cuenta que, como Teresa entre sus pucheros, el hombre de la mina, habiendo encontrado a Dios entre los tercios de su copla, haya establecido con El un importante y decisivo diálogo en tú a tú.

Asensio SAEZ

(Fotos Díaz.)